
José Tolentino MENDONÇA, *Hacia una espiritualidad de los sentidos*, Barcelona: Fragmenta Editorial, 2016, 65 pp., 11 x 18, ISBN 978-84-15518-29-7; *Pequeña teología de la lentitud*, Barcelona: Fragmenta Editorial, 2017, 74 pp., 11 x 18, ISBN 978-84-15518-72-3.

Reseñamos aquí dos breves libros de unos de los pensadores más originales del Portugal contemporáneo. Mendonça (Madeira, 1965), es especialista en estudios bíblicos (doctor por el Pontificio Instituto Bíblico de Roma), ha sido profesor de la Universidad Católica Portuguesa y director de la revista *Didaskalia*. En 2011 fue nombrado consultor del Consejo Pontificio de la Cultura. En 2018 fue nombrado archivista y bibliotecario de la Iglesia Católica Romana (encargado de los Archivos Secretos y de la Biblioteca Apostólica Vaticana) y nombrado arzobispo titular de Suava (antigua Numidia, hoy Argelia). Ese mismo 2018 dirigió los ejercicios espirituales de cuaresma del papa Francisco y la Curia romana. Ha sido galardonado con numerosos premios, también por su obra literaria (poesía). Entre sus obras traducidas al castellano se encuentran *Encontrar y poseer el tesoro escondido* (Paulinas, 2011), *Padre nuestro que estás en la tierra: El Padre nuestro para creyentes y no creyentes* (Paulinas, 2013), *Ningún camino será largo* (Paulinas, 2013).

Mendonça muestra en sus obras un gran interés por las cuestiones antropológicas y una gran sensibilidad respecto a la realidad que nos circunda. Los dos ensayos que ahora reseñamos constan de breves capítulos en los que se afrontan, de una forma breve, sencilla e incisiva, diversos aspectos de la cuestión abordada. El primero de ellos, *Hacia una espiritualidad de los sentidos*, propone una espiritualidad que concibe los sentidos como camino que conduce y puerta que se abre al encuentro con Dios. Comienza Mendonça diciendo que la espiritualidad, que de suyo hace referencia a la interioridad, no se reduce a un ejercicio interior que implica la relativización o incluso la renuncia de los sentidos corporales. Así, todavía hoy predomina, en la espiritualidad, una excesiva interiorización de la experiencia espiritual y un distanciamiento del cuerpo y del mundo. Lo sensorial es visto como epidérmico y algo frívolo. Y eso lleva a una condición descarnada de la vivencia de lo religioso.

Ante esto, Mendonça fija su mirada en el realismo narrativo de la Biblia. Ahí, en el núcleo de la revelación bíblica, nos encontramos con la vida que Dios ama, al mismo tiempo que no encontramos ninguna aversión por el cuerpo. Es más, gracias al «soplo vital» (Gn 2,4-7) el aliento de Dios pasa a estar

activo en cada ser vivo: con la creación «se estableció una fascinante e inquebrantable alianza: la que une la espiritualidad divina y la vitalidad terrena. ¿Dónde, a partir de ese momento, experimentamos mejor el Espíritu de Dios sino en el extremo de la carne hecha vida?» (p. 13). La concepción bíblica defiende, afirma Mendonça, una visión unitaria del ser humano en la que el cuerpo no se ve nunca como un revestimiento exterior del principio espiritual o como una prisión del alma, como pretenden el platonismo y sus réplicas tan extendidas.

Partiendo de esta idea general, Mendonça habla del cuerpo como la lengua materna de Dios: «anclados en la semilla divina que no solo transportan, sino que ellos mismos son, hombres y mujeres se descubren llamados a apropiarse creativamente, y con todos los sentidos, del desmesurado prodigio de la vida» (p. 14). Así, la sensibilidad y el asombro son camino para descubrir los pasos de Dios en nosotros mismos y en lo que nos rodea, ese amor incondicional que nos abraza continuamente. Sobre esta idea, el autor propone su mística de los sentidos o del instante, en la que revaloriza lo ordinario, lo tangible, lugar de encuentro con Dios. Paradójicamente, vivimos en una sociedad que da una primacía total a las emociones, la información, las expectativas, los requerimientos. Pero lo hace de una forma que fácilmente provoca fatiga y atrofia los sentidos. Por eso, urge mirar a esos sentidos de nuestro cuerpo como puerta de la presencia de Dios en el instante del mundo, desarrollarlos como deberíamos, educarnos para poder ayudar a cuidarlos, cultivarlos y refinarlos. Es necesario aprender a sentir.

A partir de las ideas expuestas, Mendonça aborda algunas patologías de los sentidos (experiencias que ya no somos capaces de afrontar bien: el sufrimiento, el luto, la rutina, el exceso de comunicación) y propone un camino por el que unir sentidos y sentido: redescubrir el tacto, retornar al gusto, visitar el olfato, volver a la audición, abrir la visión. Y de aquí, un proyecto de espiritualidad: encontrar una relación con el tiempo, descubrirse amado, una mística con los ojos abiertos; en fin, un sentido «nuevo» de mística.

En *Pequeña teología de la lentitud*, Mendonça comienza haciendo un análisis de la sociedad en la que vivimos, al menos en lo que respecta a la experiencia común de los países desarrollados: «nuestro estilos de vida están contaminados irremediablemente por una presión que escapa a nuestro control; no hay tiempo que perder; queremos alcanzar las metas lo más rápidamente posible; los procesos nos desgastan, las preguntas nos retrasan, los sentimientos son un puro despilfarro; nos dicen que lo que importa son los resultados,

el ritmo de las actividades se ha tornado despiadadamente inhumano. Cada nuevo proyecto es más absorbente que el anterior y aspira a anteponerse a todo. La jornada laboral se extiende e invade la esfera privada. Pero también aquí hay que estar conectado y disponible en todo momento. Pasamos a vivir en un espacio abierto, sin paredes ni márgenes, sin días diferentes unos a otros, sin rituales transformadores, en un continuo obsesivo, controlado al minuto» (pp. 7-8).

Este panorama podremos experimentarlo con mayor o menor intensidad, pero es difícil negarlo. Y la consecuencia es una pérdida: a más rapidez, más olvido; a más actividades, más ficción de omnipotencia. «Pasamos por las cosas sin habitarlas, hablamos con los demás sin escucharlos, acumulamos información que no llegaremos a profundizar. (...) La velocidad a la que vivimos nos impide vivir» (pp. 8-9). En este contexto, Mendonça propone rescatar nuestra relación con el tiempo. Para ello es necesario una relajación interior, una lentitud que nos proteja de la precipitación mecánica, de los gestos ciegos compulsivos, de las palabras repetidas y banales. Esta lentitud se presenta como un antídoto contra el patrón normalizado, se arriesga a trascender lo meramente funcional y utilitario, elige en más ocasiones convivir con la vida silenciosa, registra los pequeños tránsitos de sentido.

La lentitud que propone Mendonça no tiene nada que ver con una forma de pereza, sino con una actitud renovada ante la vida. Con ella, lo que se busca es crecer en sentido. Por ejemplo, Mendonça anima a profundizar en el arte de lo inacabado. En un mundo obsesionado por sacar cada vez más tiempo para acabar cada vez más cosas inacabadas, la sabiduría vendría por aceptar que el tiempo no se estira, que es limitado y que debemos vivirlo de la manera más equilibrada posible. Un tiempo robado a alguien que amamos por dedicarlo a otra cosa no tiene forma de ser recompensado. Sabio es el que sabe «no acabar» una cosa, precisamente para alcanzar otra más profunda. Sabio es el que contempla lo inacabado no como indicador de carencia sino como condición inexcusable del propio ser. Tanto nosotros como el mundo somos realidades inacabadas. Nuestra vida no se basta a sí misma, necesitamos la mirada del otro. La vida solo alcanza su sentido en el acto de compartir y darse. He aquí una auténtica teología de lo inacabado.

En esta misma línea, Mendonça reflexiona sobre el arte de agradecer lo que no nos dan. Esta expresión tan paradójica es realmente acertada. Nuestra vida es siempre receptáculo del don: recibimos, para empezar, la vida, y después somos continuamente acogidos y amados. En muchos sentidos somos la

obra de otros, resultado de encuentros, gestos, buenas voluntades, siembras, caricias, afectos. Nos inspiramos y nos apropiamos del sentido de vidas que no son nuestras, pero que se inclinan hacia nosotros. ¿Y qué decir de las cosas buenas que no hemos tenido? Que es precisamente su ausencia seguramente la que nos ha permitido descubrir fuerzas insospechadas y, en cierto modo, nos ha permitido ser nosotros.

A lo largo del libro, Mendonça se fija en cuestiones como el arte del perdón, el arte de esperar, el arte de cuidar, el arte de habitar, el arte de contemplar la vida, el arte de la perseverancia, el arte de la compasión, el arte de la alegría, el arte de ir al encuentro de lo que se pierde, el arte de la felicidad, el arte de la gratuidad, ¿el arte de escuchar nuestro deseo?, el arte de morir, el arte de no saber. Al acabar de leer el libro no sorprende que Mendonça lo haya llamado «teología». Y es porque la lentitud es, en la línea de la «espiritualidad de los sentidos», también una espiritualidad, un camino que nos ayuda a redescubrirnos, a redescubrir al otro, a darnos cuenta de la presencia de Dios en uno mismo, en el otro y en todo lo que nos rodea. Es un camino para dar sentido, un camino de memoria, un camino de madurez humana y, en continuidad con ella, de madurez sobrenatural.

Los dos libros de Mendonça abordan cuestiones nucleares e intensamente presentes en nuestras vidas. Son cuestiones que afectan de un modo radical a nuestra propia identidad y a nuestra relación con el otro. No se puede decir que sean cuestiones ignoradas, pero sí que, por diversas razones, suelen estar orilladas en el día a día. En estos libros están tratadas con claridad y calidez, esto es, pensando en el lector que busca, quizá sin saberlo, comprender qué le pasa y encontrar una mano amiga que le ayude a transitar por el mundo que le ha tocado vivir, llenado su vida de sentido y con la ilusión de crecer entrando en comunión con lo que le rodea y con quien le rodea.

Juan Luis CABALLERO

RESEÑAS

